
El Disfraz de Caballo

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8642

Título: El Disfraz de Caballo

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 28 de julio de 2025

Fecha de modificación: 28 de julio de 2025

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Disfraz de Caballo

Hay quien junta unas lonas deshechas, cuatro garras resacas y un pedazo de cojinillo y se disfraza de caballo. Gentes que si tuvieran vergüenza no saldrían a la calle. Porque esos no son caballos, son arrastra-mugre.

—Crean que con ponerse unos pingajos y comenzar a corcoviar ya son caballos.

Él se disfraza de caballo porque le gusta.

—Como otros se disfrazan de mujer.

—Una cosa que yo hallo que es poco de hombre...

—¡Pues!...

Sigue diciendo que él sabe la responsabilidad que se hecha encima. Si no fuera así, no haría los sacrificios que hace para salir a la calle con “un caballo como la gente”.

—¿Usté sabe lo que es llegar del horno, medio descaderao de cortar ladrillo de estrella a estrella?

Bueno. Eso es lo que hace él. Y luego se pone a hacer el caballo con herramientas viejas, en el rancho de dos por cuatro, donde apenas caben él, la mujer, cuatro hijos y dos perros.

* * *

La caja del cuerpo es fácil de hacer mimbres retorcidos, asegurados en dos largueros, vienen a ser las costillas. Luego se forra de lona. La tabla del pescuezo y la crinera, de paja

mansa, finita y pareja, y al fin “lo más principal”: uní el brazuelo del caballo a la rodilla del hombre y todo liviano y seguro. Cosa que el animalito no lo “transija” a usted y no se le descogote en un corcovo y usted ande con la cabeza abajo del brazo.

Como le pasó a Saavedra hasta que un guardia civil lo hizo salir de la plaza.

—Pero amigo, le dijo, un nombre serio como usted haciendo esos papeles! ... ¿Usted no ve que es la risión de la gente?

Salió.

Otra cosa difícil de hacer es la cabeza —Porque si Ud se descuida le sale con cara de loco o de gente.

Siempre se acuerda que el Vasco Miguel apenas veía venir un caballo lo semblanteaba. Le pasó a él mismo. Venía corcoveando cuando Miguel le dijo a los otros:

—Miren, es igualito a Doña Gregoria, la del zapatero...

El dicho dio vueltas a la plaza antes que el caballo.

—Es que el enemigo del caballo, dice el otro, es el parecido con la gente.

El salió flanqueado por la familia. Corcoveando con juicio. Pero dominado por el hombre, porque “el que monta gobierna”. Lo dejaba espantarse y pararse de manos, y luego lo obligaba “a echarse a lo vaca”. O a acostarse al sentir las bombas de estruendo, como muerto con el hombre arriba, como en la guerra.

Y dejaba para lo último aquello que nadie mas que él hacia: sentar en el anca el Corbata —un cuzco negro— que era el único perro que en el pueblo no le tenía miedo a los cohetes.

Claro está que ha tenido mil encontrones. Sin ir más lejos,

hace dos años.

Fue la primera vez que sacó al hijo —un inocente de ocho años— también disfrazado de caballo. Nunca falta un bobo, de esos que se paran en la confitería a reírse de las mascararas, que no salga “con una pata e gallo”.

Pasaba él corcoveando, con el hijo al lado, cuando un mirón de aquellos dijo esto:

—Che, pero es yegua. ¿No ves el potrillo?

El estuvo con ganas de volverse y “rajarlo de una inmoralidad”. Pero para demostrarle que era más gente que él se callo.

Pero a la vuelta el gracioso le preguntó:

—¿Che? ¿Y cuándo máma el potrillo?

El le contestó:

—Máma cuando te vayas a la... punta de un sauce verde!

Marchó un guardia civil con él y el potrillo para la comisaría. Iba avergonzado porque ni siquiera lo dejaban corcovear en el camino. Y entristecido por el niño que era ajeno a todo, al que le había prometido una fiesta y que ahora iba llorando.

El Suizo José —un hombre a quien le decían El Maquinista porque componía despertadores y gramófonos— le dio aquella idea de ponerle ojos “deveras” al caballo. Le colocó en la cabeza dos lamparillas de auto. Las pilas iban en la maleta terciada en la cruz. Prendía y apagaba las lamparillas a voluntad.

Regresó feliz al rancho.

—Les vacié la plaza —comentó con su mujer— y además me vine “con la res en el gancho” —los diez pesos del premio que mostraba.

Colgó el caballo en el molinete del rancho y anunció que aquélla había sido la última vez que se disfrazara.

—¿Entonces el caballo es para mí?, preguntó el hijo.

Él, serio, feliz y digno respondió:

—Antes de hacer lo que hizo tu padre esta noche, tenés que comer mucho pan.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en

extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables, forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.